

Hacía cuarenta horas que no tomaban un *taco*, ni tiraban una *carambola*.

En un momento se armó lo zambra; se ajustó el partido y comenzó la lucha después de atravesarse sin apuestas.

El capitán no era buen jugador, pero sabía mucho de *gramática* como él decía.

Los contrarios, es decir, las víctimas, eran un español, un italiano y un tal *Pedro el Corredor*, á quien todos acusaban de complicidad con el enemigo, es decir, con Martínez y comparsa.

El introito fué una salva de copas.

Afilaron con el cosmético los tacos, disputaron á suerte sobre la *salida*, se dijeron algunas bromas y se cambiaron miradas de inteligencia con el *coime*.

La concurrencia tomó asiento y comenzó el duelo de billar

## CAPITULO I.

### PREPARATIVOS.

#### I

México había quedado como ya hemos dicho, bajo el amparo de la guardia extranjera y del Ayuntamiento republicano, que en obsequio de la población no se retiraría sino á la entrada del ejército francés.

Los hombres del partido triunfante se agitaban por apoderarse de una situación abandonada y perdían el tiempo en juntas que no daban resultado.

Todos temían ser desairados por el invasor, y algunos se resistían á ese bochornoso paso, de salir en comisión á entregar las llaves de la ciudad.

Una última junta verificada en la Casa de Correos determinó que tres individuos se acercasen al Comandante en jefe de la expedición á ofrecerle la capital á nombre de.....no importa de quien, el caso era darse los aires de pro-hombres é iniciarse con los dueños del nuevo orden de cosas.

Levantóse una acta de adhesión en la que parecieron setecientas firmas.

Se repicó á vuelo en todas las iglesias.

En esos momentos llegaron dos ayudantes de la sección mexicana que acompañaban á los franceses, para enterarse del estado que guardaba la ciudad.

Nunca están por demás las precauciones.

La junta nombró gobernador á un general Pérez, y á las cuatro de la tarde de ese mismo día, un grupo de desgraciados se apoderó de la torre de San Agustín que estaba sin campanero. Ignoramos el objeto de la ocupación, pues era importuno tomar posiciones cuando no se trataba de combatir.

El jefe del punto era un señor general, cuya nacionalidad se ignora, y es conocido por el nombre del *Señor del Retiro*, porque la mayor parte de las cruces que atrae á su pecho, parece que son el premio de *honrosas retiradas*.

Ese hombre más tarde se apoderó del gobierno de palacio y se encargó de los gastos económicos.

Parece que en esa administración *lo hizo mejor* que en su carrera profesional.

Al siguiente día [ 2 de Junio ] nombraron comandante general á una momia del vireinato, que estaba en la flor de su edad.

Tenía entonces noventa y ocho años.

#### II.

¡La cosa marcha! decía Don Modesto Fajardo en un círculo reaccionario, ¡la cosa marcha! nuestro es el triunfo, la demagogía huye en precipitada fuga como una nube de zánganos.

Juárez no volverá á México, ya nos *revienta* como diría el cardenal Richelien.

Yo no soy como ustedes dicen un Meternich; pero tengo doble vista en política. Esta combinación diplomática es parto de mi inteligencia; yo había concebido el plan desde el año de 38 en que vino el noble príncipe de Joinville á reclamar con las escuadras francesas los *pasteles* que se comió mi amigo el general Santa-Anna, es decir, no los pasteles, sino su precio que ascendía á treinta mil pesos.

—Quién nos hubiera dicho entonces, replicó un teniente coronel que había quedado gangoso á causa de una enfermedad que Ricord conoce perfectamente, quien nos hubiera dicho que aquella bandera aborrecida, hoy sería nuestra salvación.

—Cierto, respondió Fajardo, ustedes los profanos, no se hallan al nivel de los diplomáticos. La Francia siempre apoya las causas nobles, tiene un énfasis heróico, sublime gigantesco. ¿Y á quién le han encomendado la tesorería general?

—No sé, dijo el gangoso, ese puesto es altamente importante.

—Ustedes dicen que yo soy el hombre necesario en ese empleo, mi modestia se resiente de ello, pero creo, sin amor propio, que mis planes rentísticos sacarían á la Repú..... es decir, á la nación, de sus agonías numismáticas.

—Sí, dijo el gangoso, prestándonos todos á contribuir con nuestras capacidades al buen general, formaremos la oficina que debe estar bien dotada, y nos consagraremos al servicio de la patria.

La planta estaba completa.

Este asalto proyectado á las arcas públicas, es de todos los tiempos y de todas las revoluciones.

Yo, añadió un petulante, no deseo más que estar en la legación de S. M. B. la gran Bretaña, me sentarían perfectamente las nieblas del Támesis, las papas de Irlanda, los platos de la India, y.....el suicidio, porque en eso yo soy inglés; sí, señores, inglés consumado, ya tengo hechos algunos ensayos.

—¿Sobre el suicidio? preguntó Fajardo.

—Sí, replico el sustentante, tomo el opio y he percibido los síntomas de la muerte, son muy agradables, deliciosos.

—Joven, dijo Farjado, usted es un.....un.....no hallo la palabra.

—Un estúpido, dijo el gangoso.

El mozalvete, que ya el lector ha visto en la casa del diplomático, se caló los lentes, vió al gangoso de pies á cabeza, y después, en tono burlón, le dijo:

—Caballero, usted debe estar en el hospital militar, usted es hijo de la *copaiba*.

—Yo soy hijo, replicó el militar, de Don Manuel Estrada y de Doña.....

—Cálmense ustedes, señores, un poco de reposo, no hay que exaltarse los ánimos, la sangre fría en el principio de la diplomacia, esto se halla hasta en los libros más insignificantes de la ciencia.

—El señor es un majadero, dijo el ofendido, es un pisaverde de mal tono.

—¡Alto las dicitencias! esto es dar pábulo á que los demagogos nos tilden de anárquicos, que es lo que caracteriza á ese bando neoliberal.

Don Serafin que era nada menos que el protegido de Doña Canuta, guardó silencio.

El gangoso le daba miradas de serpiente.

El diplomático, dándose golpecitos en el vientre é inflando los carrillos, se manifestaba ufano aprisionado en los cuellos almidonados de su camisa.

—Yo espero, dijo, que nuestros servicios serán premiados, nosotros no somos *intervencionistas* de la víspera, á ustedes les consta que al oír el repique, fuí el primero en acudir á Pala-

cio, no se diga mañana que esperé á que todo estuviera concluido.

—Acompañenme ustedes, vamos á tomar las armas; nos apoderaremos de Cathedral que es un punto estratégico.

Y seguido de un enjambre de retirados, se presentó á las puertas de la Metropolitana.

## III

El sacristán y el campanero salieron á su encuentro y les dijeron con extrañeza: ¿ustedes vienen á repicar?

Fajardo tomó la palabra.

—Venimos, dijo, á defender el punto y lo ocupamos en nombre de la Francia.

—Mientras ustedes no lo ocupan en nombre del señor cura mayor, dijo el sacristán, no podemos consentir en nada. Este es el templo del Señor y nadie puede entrar.

—Este hombre es un ignorante, dijo el diplomático.

El gangoso se adelantó con sus humos de militar, y encarándose al campanero y al sacristán, les dijo con un tono imperativo:

—Hemos nombrado al señor de Fajardo coronel y ustedes tienen que entregarle el punto.

—Nosotros, replicó el sacristán, no tenemos punto ni coma que entregarle al señor, en ese caso que se lo entregue el venerable cabildo.

—Alio, repuso el diplomático, esta es una cuestión teológica que no tengo estudiada, retirémonos y apoderémonos de un punto *civil* porque las torres están fuera del dominio de los hombres, pertenecen á las cosas sagradas, esta es una fortaleza *celesiástica*.

—Eso no importa, replicó el gangoso, yo he estado aquí de guardia mil ocasiones, y vive Dios que si se oponen estos mentecatos los echo de la torre abajo!.....

—¡Silencio interrumpió Fajardo, la Iglesia ha triunfado y no podemos ocuparla sin una violación flagrante del dogma conservador.

—Aquí, dijo el sacristán, se pagan tres centavos por persona, y se les permite ver el panorama de la ciudad; pero á la gente armada está prohibido.

—No queremos ver panoramas, dijo el gangoso, sino echar muchos balazos.

—¿A los franceses? preguntó con socarronería el sacristán.

—Precisamente á los franceses no, porque pertenecemos á la mayoría oprimida, somos partidarios de la intervención.

—Retirémonos dijo Fajardo, la *Minería* es un edificio soberbio para el ataque y defensa.

—Vayan con Dios, dijo el campanero al coronel y subordinados.

Y se quedó riendo á boca llena con el sacristán de aquella falange de desventurados que pugnaban por presentarse como una potencia ante el ejército invasor.

## IV.

Fajardo llegó á la *Minería* y se encontró con el portero, á quien rodeaban multitud de colegiales preguntándole noticias.

—Soy el coronel Fajardo, dijo con el énfasis de un Napoleón:

—Adelante está el cuartel, respondió el portero.

—No es eso. Necesito reconocer el punto.

—Venga usted esta tarde que está aquí el señor Director, que es el que concede licencia para pasar al *Observatorio*.

—Yo no vengo á ver las estrellas ni los movimientos solares, los planetas me son indiferentes en estos momentos, ahora se trata de la *estrategia*.

—Si se tratara, dijo el canchero del colegio, del estudio de la *botánica*, aquí hay un buen preceptor,

—Este hombre se burla, gritó el gangoso, aparenta no comprender lo que se le dice.

—Hable usted claro, dijo el portero.

—No, no soy confuso, amiguito, venimos á tomar posesión del colegio, somos la fuerza armada, que por el momento está desarmada.

—Pues cuando se arme ocurran ustedes, porque yo tengo obligación de cuidar la entrada del establecimiento, y ustedes me parecen personas altamente sospechosas.

—¡Sospechosas! gritó Fajardo, ¡sospechosas! Este hombre no sabe lo que se dice; pues mi figura, mi fisonomía, debe explicárselo todo.

—Me parece usted un buen sujeto; pero mi obligación es no permitir el paso ni á usted ni á esos oficialitos que lo acompañan.

El gangoso se montó en ira, y descargó un fuerte garrotezo al portero.

Este se hizo á un lado, y el garrote cayó á plomo sobre Do n Serafín.

—¡Huy, mis costillas! gritó el mozalvete, y se puso á diez varas del combate.

El portero se lanzó con una regadera en la mano, sobre Fajardo y los acompañantes, que trataban de molestarlo.

Los colegiales comenzaron á silbar y á aplaudir.

Fajardo quiso meter paz y recibió un golpe de regadera que le derribó el sombrero y la peluca.

Apoderáronse los colegiales de la cabellera y comenzaron á tirarla por lo alto en medio de la jácara y la chifla más espantosa.

El prefecto del colegio acudió á la portería atraído por el ruido que metía la estudiantina.

—¿Qué pasa, señores?

—Nada, y mucho, dijo el infeliz Fajardo haga usted que me devuelvan mi peluca; vosotros veníamos, señor prefecto..... aquel joven le arranca los pelos á mi casquete.

La peluca le fué devuelta al diplomático.

—Buenas tardes, señores, se apresuró á decir Fajardo, creyendo inútiles las explicaciones.

El gangoso quiso explicar el lance al prefecto, pero los colegiales comenzaron á remedarle contestándole en el mismo tono, y tomó el prudente partido de retirarse.

## V.

Alcanzó al señor Fajardo que iba en precipitada fuga.

—¡Coronel! ¡mi coronel!

—Yo no soy coronel, le contestó Fajardo, yo soy diplomático, las armas representan la fuerza bruta, y la diplomacia el saber y la inteligencia; no obstante llámame usted así, nunca sienta mal un título más; pero ya no intentemos la toma de posiciones, y en caso de hacerlo, las azoteas de mi casa me proporcionarán un buen sitio para nuestros proyectos.

El gangoso que era un desarrapado de primera fuerza y quería explotar al señor Fajardo, aprobó la idea, y siguió con la comparsa del diplomático.

## IV.

Suben precipitadamente las escaleras, se presentan en la antesala donde los recibe asustada Doña Canuta.

—No temas, esposa, los señores me han hecho coronel y vamos á preparar la defensa de la ciudad.

—Creía que era una invasión de beduinos; ignoro tus pro

yectos, desarróllalos para que pueda dar sobre ellos una opinión acertada.

—Da de comer á mi tropa y después hablaremos.

El gangaso y los compañeros se frotaron las manos de satisfacción.

Doña Canuta les indicó el *comedor* donde se precipitaron con avidez.

—Señora, dijo Don Serafín, me han quebrado una costilla.

—¿Una costilla? exclamó la señora de Fajardo.

—Sí, una costilla.

—No diga usted más, algún juarista, eso se deja entender fácilmente, estará usted herido de lanza.

—No, de regadera, dijo Don Serafín.

—¿De regadera? ¿pues quién le regó á usted las costillas?

—Un maldito portero; pero ese es cuento largo y lo dejo para otro día.

—La tropa está sola y necesito avivar su espíritu, acompañeme usted al comedor.

Doña Canuta se presentó en el vivac doméstico y comenzó á arengar á aquellos *famélicos*, que la aplaudían á reventar; como que su vino le costaba.

—Mi esposa tiene un talento grande.

—Como su nariz, dijo por lo bajo el gangoso.

—El coronel es un valiente, gritó uno de la comparsa, se ha portado como un héroe en el combate de *Minería*.

—¿Conque ha combatido con la mineralogía? esto es horrible, la diplomacia batiendo á las ciencias exactas, gritó Doña Canuta.

—No, dijo Fajardo, yo no atentaré contra las ciencias ni las artes, esto sería inmoral. La *geodecia* es muy respetable; pero cuando se insulta tengo que defenderme, no es valor, es serenidad, es conciencia de defender mis derechos de súbdito y de hombre libre.

—Sólo tuvimos un contuso, añadió el gangoso que entraba en la penumbra de la ebriedad.

—Es necesario que tu despacho sea revalidado por el nuevo gobierno, yo creo que alguna condecoración merecen los valientes, yo, como tu esposa y partícipe de tus glorias debo aconsejártelo.

## VII

—Siguió la comida, y sobre todo el aniquilamiento de la despensa.

—Ya es hora dijo el señor Fajardo, tomemos posiciones, el

repique continúa, acaso el enemigo nos acecha ¡á las armas!

—¿Que armas? preguntó Doña Canuta.

—Mientras que el gobierno las proporciona, le daré á mi tropa el espadín que usaba mi tío el coronel, y la pistola dragona que me ha dejado en depósito el guarda de garita, así tenemos armas blanca y de fuego. ¡Alerta señores!

—Nadie se movió de su asiento, todos estaban dormidos, en cuanto al gangoso yacía debajo de la mesa completamente ebrio.

—Si ahora se ofreciera un lance; buena la haríamos.

—Tú tienes la culpa con haberles proporcionado una ración de vino tan exorbitante, dijo Doña Canuta.

—Querida esposa, es la misma ración que tú acostumbras y jamás te has atarantado.

—Don Serafín, ruego á usted acompañe á mi esposa, y ambos desempaqueten mi uniforme de la legación, que durante el funesto gobierno de Juárez ha estado en receso.

—La borla del *bericú* la tomé para un peinado.

—Mujer me privas de la borla que es lo más importante de mi traje, yo la supliré que hay muchos recursos en la diplomacia.

—Acepillas el pantalón sin ir á chafar el oro de la franja, sacudes la pluma del gorro montado, y limpias hasta poner como un espejo los botones de la casaca; el bastón no se te olvide.

—Bien, dijo Doña Canuta, todo se hará; te quiero ver como un ascua de oro; en cuanto á mi traje quiero darte una sorpresa.

—Gasta, mujer, gasta cuanto quieras, y añadió por lo bajo, yo le pasaré la cuenta á la *intervención*.

## CAPITULO QUINTO.

## LA PRIMERA VÍCTIMA.

## I.

Estamos en un gabinete primorosamente ajueado.

Un confidente vestido de brocatel blanco y con franjas color de granate, forma el centro de aquella cámara.

Dos sillones y media docena de sillas colocadas simétricamente ocupan el aposento.

—Una consola de mármol y rosa con un espejo magnífico,